

Iván Martínez Hulin

UNA ISLA LLAMADA UTOPIÍA



© Editorial Independiente

© Iván Martínez Hulin
www.martinezhulin.com

Primera edición: abril, 2014
Segunda edición: diciembre, 2014
Tercera edición: marzo, 2020

Cubiertas: Mar Creativos y Juan Carlos Martínez ©
www.marcreativos.com

Corrección: Lydia Rodríguez Mata
www.correccionesdeestilo.es

Editorial Independiente
Ediciones Literarias Independientes, S.L.
www.editorialindependiente.com

ISBN: 978-84-944114-0-3

Depósito Legal: MA 802-2014

P.V.P: 20,00 €

Impreso por: Publicep IdPrint

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total y/o parcial de este libro por cualquier medio sin la previa autorización por escrito de los propietarios del *copyright*.

Capítulo I

El comienzo

Recuerdo aquella lejana tarde de primavera en la que pisé por primera vez la isla. Aún bajo las aspas del helicóptero, miré la verde explanada que se extendía ante mí abrazada por la calidez del sol anaranjado que se resistía a ceder ante las tinieblas.

Yo era un joven periodista lleno de ilusiones y aspiraciones que creía poder cambiar el mundo en el que vivía armado tan solo con una pluma y la veracidad de sus relatos...

Todo comenzó una ventosa mañana de primavera con el sonido del teléfono prorrumpiendo en el desbaratado apartamento que compartíamos Fernando y yo en el centro de la ciudad. El ruido del tráfico no había sido capaz de despertarme, ni tan siquiera lo logró el constante batir de las contraventanas de madera que el viejo inmueble conservaba, impulsadas por una insufrible ventolera que veníamos padeciendo desde unos días atrás. Sin embargo, el molesto timbre terminó por proclamarse victorioso, arrancándome de la feliz parsimonia del mundo de los sueños, paraíso entre cuyas notables virtudes se contaba la concesión del reposo a los moradores que lo visitaban cada noche otorgándoles el mayor de los regalos: la incapacidad de sentir o padecer. Era el sueño para mí, durante esos días, el único momento de paz verdadera, instante sagrado que bajo

ningún concepto debía verse interrumpido por emergencia alguna. Desgraciadamente, como casi toda buena formulación, no pasaba de la mera teoría.

Alargué la mano y busqué a tientas el aparato. Tras tropezar con el despertador y casi derramar el vaso de agua que había dejado a medias la noche anterior, tomé el auricular y conseguí llevármelo hasta los labios para soltar un gemido desarticulado que recordaba lejanamente a un “¿diga...?” Al otro lado, escuché la voz grave de mi nuevo “patrón”, el redactor jefe de un periódico para el que había comenzado a trabajar hacía apenas unos meses, realizando pequeños artículos sin demasiada importancia, con la vana esperanza de introducirme en el difícil mundo del periodismo malagueño.

La voz de tenor me instó a hacer el equipaje para pasar un par de semanas fuera investigando un tema de interés. Algo referente a una isla en el Pacífico oriental y la misteriosa adquisición de esta por parte de un filántropo millonario europeo que, al parecer, deseaba permanecer en estricto anonimato. “Mi oportunidad de oro”, lo definió él entonces. Dado el particular estado de somnolencia en que me encontraba, más tarde solo recordaría vagos fragmentos de la conversación.

En vista de la escasez de artículos que había en mi agenda, acepté de inmediato aquel encargo sin concederme tiempo para meditarlo. Aún me quedaba mucho que aprender en lo que a tomar decisiones de manera visceral se refería.

Aunque la mayor parte de trabajos que había realizado hasta la fecha habían sido para Eduardo y su diario, realmente no formaba parte de la plantilla. No existía contrato y nada había que me atara a ellos, con la salvedad de un sentimiento creyente de encontrarme en deuda con el veterano editor por sus discretos encargos de las semanas pasadas, oportunidades que muchos envidiaban y deseaban para sí. Pero lo cierto era que disponía de bastante libertad a la hora de asumir o rechazar un artículo o cualquier reportaje que me propusieran, lo que me

llevó a pensar por qué me confiaba Eduardo un trabajo fuera de España. Nada tenía que ver con mis anteriores labores.

Conservando en mente esta idea, salí con pesadez de la cama y tuve la suficiente entereza como para arrastrar los pies hasta la cocina y servirme una taza del café oxidado del día anterior. Cuanto más reposado, más concentrado se hallaba el brebaje. Exactamente como yo lo prefería.

Con desgana, añadí leche descremada y algo de azúcar e introduje la taza en el microondas. Los segundos se prolongaron hasta la eternidad antes de que tres pitidos cansinos confirmaran que el desayuno estaba caliente y listo para servirse. Cucharilla en mano, me senté a la pequeña mesa que ocupaba el testero más despejado de la estancia.

Una “oportunidad de oro”. ¿Por qué me escogería a mí? Eduardo contaba con buenos profesionales en el sector del periodismo de investigación como para tener que recurrir a los servicios de un novato que volaba por libre la mitad del tiempo.

Intentaba dilucidar un motivo que me permitiese aceptar el trabajo sin resquemores, pero también se me escapaba algo que causaba cierta desconfianza que no sabía o podía explicar y, al mismo tiempo, era incapaz de ignorar. El encargo no dejaba de suscitar cierto misterio, algo a lo que rara vez he podido resistirme, por ello, aun necesitando desesperadamente hallar una respuesta que apaciguara mi nerviosismo, no tardé demasiado en encontrar la excusa perfecta. A fin de cuentas, cuando se dan los primeros pasos en una profesión, lo mejor es intentar no dejar pasar ninguna oportunidad, no sea que el jefe se contraríe y uno termine de patitas en la calle antes siquiera de haber tenido ocasión de probarse.

Movía el café observando el remolino que se formaba en el interior de la taza. ¿Una isla del Pacífico oriental? Y lo que me resultaba todavía más extraño: ¿comprada por algún rico millonario que deseaba mantener oculta su identidad? Di-

gamos que, según mi breve experiencia en lo que a la sección de Ecos de Sociedad se refería, los ricos filántropos no solían pasar –o querer pasar– desapercibidos precisamente; más bien, todo lo contrario: les gustaba pavonearse haciendo gala de su poderío económico o de las bondades que despachaban entre los más desfavorecidos como si de una suerte de juego que alimentase su egolatría se tratara y que, en contadas ocasiones, llegaba a reportarles beneficios, ya fueran en la forma de pírricos estipendios o en otras tantas de similar importancia para sus personalidades hambrientas del favor y aprobación del público. Trataba entonces, tal cual hago ahora, de autoconvencerme y pasar por alto estos detalles, pues, como en otras situaciones, la regla de oro no podía aplicarse a tales circunstancias. Importaba aquí conseguir un fin sin añadir excesiva importancia a los medios.

Por tanto, ¿con qué objeto se compraba una isla en el Pacífico? ¿Lugar de veraneo quizá? ¿Capricho pasajero?

En realidad, sin percatarme de ello, había comenzado a trabajar en el reportaje. Mi cerebro, a pesar de no haber escapado del todo al mundo de los sueños, pugnaba por dilucidar algunas cuestiones con la escasa información que me había ofrecido Eduardo. Y había algo más; una pequeña vocecita que en aquel entonces aún no terminaba de entender, pero que he aprendido a valorar con posterioridad: mi intuición. Ella quería decirme algo que yo escuchaba sin terminar de interpretarlo.

Sin duda alguna, lo que acabó de embaucarme fue el dinero, precedido, claro está, por la emoción que sentía hacia lo desconocido y, ¿por qué no reconocerlo?, en buena medida también el orgullo, pérdida de la especie desde tiempos remotos. ¿Iba yo a ser menos? Pensar que Eduardo desechaba la candidatura de otros profesionales para hacerme el encargo a mí, resultaba el justo pago a los esfuerzos realizados que yo deseaba desde hacía tiempo, considerándolo más que equitati-

vo. Ser reconocido por mi estilo, por la manera de enfocar los hechos, por mi modo de escribir... Me gustaría ser capaz de añadir algún otro motivo –a poder ser, de origen más honorable– que denotase mayor humildad, pero lo cierto es que el dinero fue el ingrediente decisivo, el gran protagonista. Necesitaba alguna clase de emolumento que me permitiera cubrir mi parte del alquiler. Huelga decir que no había demasiado trabajo por esos momentos en mi campo, y menos, en mi ciudad que, a pesar de ser una de las más grandes de España, no se prodigaba excesivamente en lo que a medios de comunicación se refería. Eso teniendo en cuenta que habíamos avanzado muchísimo con respecto a la situación de años anteriores. Para empezar, fui de los primeros que pudo licenciarse en Ciencias de la Información en Málaga. La primera promoción. Orgullo añejo.

Los recuerdos de los tiempos de facultad se arremolinaron en mi mente. Evoqué vivencias, pequeños detalles, historias pasadas, momentos jocosos y gente a la que extrañaba de veras, lo que dibujó en mis labios una sonrisa involuntaria. Entre los compañeros de tiempos pretéritos, brillaba con especial luminosidad el recuerdo de José María, amigo y colega con el que compartí alegrías, desdichas, horas de estudio y muchas partidas de mus en la cafetería. Al finalizar la universidad, no pocos fueron los que tuvieron que tomar un camino diferente de aquel para el que se habían preparado con tanto esmero, rompiendo cuantas ilusiones se formularon y terminando con las aspiraciones gestadas durante su proceso de formación. Chema no había sido un caso diferente. Tras terminar la carrera, se vio obligado a trabajar en el sector de la hostelería, tremendamente potente por aquellos tiempos. Toda una promesa del periodismo convertida en un simple camarero y al igual que él, tantos otros. No es que ser camarero tuviera nada de malo, faltaría más. Cualquier tarea que no lleve aparejada ilegalidad o inmoralidad inherente, resulta harto aceptable, pues puede encontrarse dignidad en toda labor ejercida con el

esfuerzo intelectual o físico. A fin de cuentas, un trabajo es un trabajo; pero la frustración que conlleva una situación como esta, prepararse durante años para ejercer una profesión que después no llegaba, resulta lamentable.

Entre las muchas opciones que barajamos, título en mano, apareció la posibilidad de marcharnos fuera, quizá a Madrid o a Barcelona, ciudades que sí disponían de una amplia gama de medios de comunicación en los que probar suerte. Puede que incluso más allá de las fronteras de la vieja España, a Inglaterra o a Francia. Éramos jóvenes y el mundo estaba a nuestros pies. Sin embargo, por alguna razón, los planes terminaron por frustrarse. José acabó atendiendo mesas en el chiringuito y yo encontré de rebote la oportunidad de entrar en el escaso sector de la prensa escrita de la ciudad. Pensándolo bien, como suele decirse, “podía llorar tan solo con un ojo” y, aunque no era fijo en el diario, estaba convencido de haber corrido mejor suerte que mi antiguo compañero, pues a mí sí que me habría frustrado profundamente superar tantos años de preparación para acabar sirviendo *pescaíto* frito, por muy honrado que ello resultara.

Alejando los recuerdos, y tomando nota mental de llamar a Chema un día de estos, me levanté de un brinco y crucé a la carrera el pasillo con destino al dormitorio. Allí, tuve que bucear para rescatar mi bolsa de mano azul del letargo al que había sido condenada en el fondo del armario. Aunque bastante desgastada, era más ligera que una maleta y, sobre todo, manejable, lo que le concedía una tremenda ventaja: no requería facturación. Me había acompañado en multitud de ocasiones en otros tantos viajes y desplazamientos.

Procedí a llenarla con ropa y todo cuanto, estimé, me podría resultar de utilidad. A saber: ropa interior, un par de mudas extra, un pantalón vaquero, camisetas y una camisa para ocasiones especialmente elegantes. El tono prendido en la voz de Eduardo durante su llamada no dejaba espacio a la

duda: resultaba apremiante, así que no iba a perder tiempo en repasar mi escaso fondo de armario. A fin de cuentas, me marchaba para trabajar, no para tumbarme cómodamente en una playa oceánica.

Añadí mi teléfono móvil y un par de baterías de recambio. También la cámara de fotos y la grabadora, elementos que, en perenne compañía, solían venir conmigo y sin cuya presencia comenzaba a sentirme desnudo.

Por último, introduje mi ordenador portátil –una bestia de la época–, comprado con los ahorros que había conseguido juntar haciendo pizzas para un pequeño restaurante local, “Il Pomodoro di Luigi” –que de italiano debía tener lo que yo de monje budista–, mientras acababa la carrera. Lejos de concebirlo como una simple herramienta, lo consideraba más bien un viejo compañero de batallas. Tanto lo humanicé, que incluso llegué a apodarlo cariñosamente con el descriptivo nombre de “Cacharro”, pues parecía poseer vida y voluntad propias, sumadas a una capacidad innata para crearme más de un quebradero de cabeza.

Aunque pueda parecer asombroso, hice todo esto mientras me aseaba y vestía, apurando apresuradamente un cigarrillo, terrible y atrayente veneno que no había logrado eludir tras el primer café de la mañana. Me inicié en el hábito durante las largas noches de solitario estudio y ahora no conseguía librarme de ello.

La inquisitiva llamada al orden de Eduardo daba a entender que requería una respuesta inmediata, apremiándome a reunirme con él. No iba a tener tiempo de hablar con mi compañero de piso, Fernando –Fer para los amigos–, estudiante de 5º de Ingeniería Industrial que hacía las veces de confesor y camarada, así que opté por dejarle una breve nota asegurando que le llamaría unas horas más tarde.

Revisé en tiempo récord la documentación que necesitaría para el viaje –credencial de periodista incluida– y conté el

dinero disponible, que no era precisamente una fortuna; nunca lo era.

Seis tramos de escalera y unos cientos de jadeos después –mis tiempos de estar en forma habían pasado a la historia– me dispuse a tomar un taxi que me llevase al periódico. No obstante, antes de esto, tuve tiempo de maldecirme mientras compraba un nuevo cartón de tabaco en el estanco situado al lado del portal de nuestra vivienda, vulnerando una vez más la promesa de dejarlo en ese día.

Una vez acomodado en el asiento trasero de un taxi, alcé la voz por sobre el estruendo del tráfico para hacerle comprender al conductor a dónde me dirigía.

Aproveché el trayecto para comprobar el equipaje, la documentación y asegurarme de que no dejaba nada fundamental atrás debido a las prisas, todo ello bajo la atenta mirada del chofer, que se reflejaba en el espejo interior del vehículo. Aún me quedó tiempo para observar la ciudad, pero mi pensamiento se hallaba ocupado en otras cuestiones relativas a aquella isla del Pacífico.

Tras la carrera hacia el “cuartel general”, salí del automóvil sudando abundantemente. La primavera malagueña no resultaba especialmente fresca.

Dando por finiquitadas las comprobaciones y pagando al taxista, puse rumbo a la puerta principal del edificio que acogía la sede del periódico. Un impulso me obligó a detenerme un instante frente a la acristalada entrada donde podía leerse el nombre de guerra en letras rojas con filo dorado: “DIARIO VERACIDAD”. No me resultaba complicado evocar la primera ocasión en que había cruzado sus puertas con orgullo, como un héroe victorioso. Y eso que solo estaba de prácticas. Ahora lo hacía igual que el resto, como algo habitual. La rutina condenaba al destierro esos instantes mágicos de novato falsamente engrandecido por su nuevo estado profesional.

Empujé la puerta suavemente, pero con determinación.

La jerarquía del periódico la habíamos establecido Sergio –un chaval en prácticas– y yo hacía algún tiempo. Por una parte, estaba Eduardo, el editor, sumo sacerdote del dios texto al que seguían de cerca los periodistas más expertos y de superior categoría –los “perros viejos”, si lo prefieren–, la casta sacerdotal que secundaba al editor. Después, se encontraban los informadores de “diario”, también llamados “casta homogénea”, y por último –y sí, por ello, menos importante–, los principiantes, becarios y empleados en prácticas, conocidos como “cabezas de turco”, a los que yo tenía el dudoso privilegio de aspirar a pertenecer algún día. Fuera de la clasificación, quedábamos los articulistas *freelance*, carentes de la sacrosanta nómina, que estábamos a medio camino entre carne de cañón, casta homogénea y arribistas extranjeros con los que había que terminar a toda costa. Incluso, llegados a este punto, había escalafones, pues no resultaba lo mismo contar con la ventaja de ser un periodista reconocido o un escritor famoso al que el periódico había solicitado sus servicios, que un mindundi como servidor, sin columna fija, cuya posición era claramente despreciable y, a causa de ello, con toda seguridad, muy prescindible.

Esta curiosa capacidad preclara de mi mente, que me permitía colocar cada cosa en su lugar, era la que me llevaba a preguntarme una y otra vez por qué había sido mi humilde persona la elegida por Eduardo para este reportaje en el extranjero. ¿Tanto le gustaban mis escritos? Siendo completamente franco, pensaba que algo sí, pero no tanto como para saltarse a los corresponsales, los expertos en investigación o aquellos que se solían ocupar de las noticias de internacional.

Tras dedicar unos breves saludos a los “compañeros” pertenecientes a las diversas castas y una ligera carrera hasta el ascensor después, me encontré apretando el botón con cierta ansiedad. El elevador tenía la manía de tardar más de la cuenta cuando era requerido y mi premura hizo que los minutos que

pasé contemplando mi imagen reflejada en la superficie bruñida de sus puertas se me hicieran eternos. Durante mi espera, pude sentir en la nuca las miradas soslayadas y las caras de desprecio de algunos de mis colegas. Como mencioné antes, no había demasiadas oportunidades en la ciudad para acceder a un trabajo en un medio de comunicación y las zancadillas, las puñaladas traperas, los desprecios y el miedo a perder el puesto en favor de otro, convertían el ambiente laboral del periódico en una atmósfera espesa e irrespirable en la que un solo segundo de descuido podía significar la muerte. ¿En qué momento habíamos llegado a esto? Preferí pasar de puntillas sobre la cuestión.

El ridículo sonido que emitía el mecanismo del ascensor me confirmó que la cabina había llegado a la planta baja momentos antes de que sus puertas se abrieran. Abordé el habitáculo y apreté varias veces el botón marcado con el número del piso en el que se encontraba ubicado el despacho de Eduardo. Todavía sentía las miradas clavándose en mí. ¿Se habría extendido el rumor de mi viaje? Un sudor frío me recorrió la frente. Mientras esperaba a que se cerrasen las puertas y me sacaran pronto de la zona de trincheras, dediqué unos instantes a adentrarme en otros pensamientos que intentaban desdibujar la imagen de una paradisíaca isla y solo obtenían como resultado la ridícula estampa de una postal que parecía retratada como recuerdo turístico de cualquier destino para viajes organizados.

Disuadido de imaginar nada más por el momento, me desperaré levemente simulando cierta placidez que no sentía. Aún pugnaba por escapar de las redes de Morfeo, de las que, normalmente, no lograba zafarme hasta el segundo café de la mañana.

El “ping” del ascensor me devolvió a la realidad del piso once.

En cuanto se abrieron las puertas, crucé el umbral y me dirigí a la caldeada sala que servía de recepción al área de oficinas, lugar en el que se encontraba el corazón del diario, o sea, el despacho del redactor jefe. Saludé a Marga, la secretaria de Eduardo, con un beso arrojado al enrarecido aire. Ella sonrió acentuando las marcadas arrugas que coronaban sus labios. Me observaba con aquellos ojillos azules, profundos e inteligentes por encima de unas fachosas gafas de minúsculo tamaño.

Casi en un gesto inconsciente, me detuve ante la puerta de cristal que lucía con cierta jactancia vetusta la plaquita dorada con el nombre y título de su propietario. Llamé y aguardé pacientemente la indicación que me permitiera acceder, señal que vino bajo la forma de un “¡Adelante!” escueto, impregnado con la resonancia de esa voz ocre de fumador de puros de Eduardo.

La habitación, más que despacho, era un apéndice de la casa de su ocupante –puede que incluso de él mismo– y, al entrar, fui golpeado instantáneamente por la mezcla de fragancias a ambientador de pino barato y humo de puro cubano rancio por el tiempo. La moqueta burdeos desembocaba en la elegante mesa de madera tras la cual se recortaba la rechoncha figura del editor en un contraluz opuesto al enorme ventanal que ofrecía una hermosa vista de la ciudad que veinticinco años atrás me viera nacer.

–Pasa, pasa, chaval... –terminó de decir.

–Buenos días, Eduardo –saludé sin poder evitar que mi tono denotara con excesiva claridad la alegría que sentía por el encargo que acababa de hacerme por teléfono y rogando por que no se hubiera arrepentido durante el tiempo transcurrido desde que se había puesto en contacto conmigo hasta que logré llegar al periódico.

–Estamos de trabajo hasta arriba –dijo hojeando unos papeles que tenía extendidos encima de la mesa.

–Eso es bueno, ¿no? –repuse yo a mi vez.

–Siéntate, estoy contigo enseguida –ignoró mis palabras–. ¿Cómo está la familia? –no pude evitar que la frase, sumada al aspecto del redactor, me evocara una imagen salida directamente de una vieja película de gánsteres.

–Bien, todos bien. Con el trajín habitual –apunté–. ¿Y los tuyos?

–Marta se ha ido de vacaciones a Grecia –hizo una pausa para suspirar, como si el hálito formara parte de la frase–. ¡Imagínate! ¡A Grecia, ni más ni menos! –añadió.

–Deberías haberte apuntado –comenté sin demasiado interés. No conocía a Marta más que por lo que se rumoreaba: que gustaba tirar de la tarjeta de crédito del jefe más de lo debido y que se trataba de una señorona casi cincuentona que no evitaba flirtear con todo jovencito bien parecido que se le pusiera por delante–. Dicen que Grecia es preciosa en esta época del año.

–¡Para ver piedras viejas estoy yo! –su respuesta fue tan contundente como el golpe de tos que la precedió–. Lo que espero es que mi mujer no se compre lo que queda del Partenón o algo por el estilo, que capaz es... bien lo sabe Dios –gruñó. No pude evitar que se me escapara una risita.

–Yo lo decía por el asunto del descanso, Eduardo –apunté. El hombre me lanzó una mirada penetrante al tiempo que enarcaba una ceja en un gesto muy suyo.

–¿Descanso? ¿Eso qué es? –inquirió. Después comenzó a sonreír para terminar estallando en una carcajada franca–. Eres periodista, muchacho, acostúmbrate a no descansar –agregó después exageradamente.

Sus palabras mellaron mi ánimo. Nadie podía decir de mí que fuera un vago, pero tampoco me consideraba un adicto al trabajo. Siempre había soñado con tener cierta estabilidad y, sobre todo, con viajar. Me apasionaba por aquel entonces tanto como hoy día. De hecho, envidiaba a Marta en secreto por

poder visitar Grecia, entre otras cosas, para ver esas “piedras viejas” que Eduardo parecía despreciar abiertamente sin rubor. En definitiva, se trataba de trabajar para vivir y no vivir para trabajar. Había una clara diferencia entre una cosa y la otra, a pesar de los azarosos tiempos que nos ocupaban. Preferí pensar que el viejo editor me estaba tomando el pelo. La ignorancia conduce a la felicidad.

–Veo que has hecho el equipaje –señaló con uno de sus regordetes dedos en dirección a la bolsa azul desgastada que había puesto sobre mis rodillas–. Eso está bien. No puedes permitirme perder ni un minuto. ¡Vas a la caza de una exclusiva, chaval! –soltó de repente como si fuera precisa su fútil acción para picar mi curiosidad.

–Sí, y llevo todo lo necesario... pero me gustaría saber algo más del objeto del reportaje –le espeté en un intento por obtener alguna información extra.

–Después, después... Eso puede esperar... Sabrás todo lo necesario en su momento –respondió él y llevó la conversación por otros derroteros.

Tras comentar con Eduardo algunas banalidades de costumbre que servían para ratificar que éramos algo más que simple empleado y patrón, me puso al corriente de todo lo necesario para conocer la historia de la isla y el posible gran reportaje que se podría extraer de ello.

–Una isla del Mar de China –exclamó como colofón de su pírrica argumentación.

– ¿Del Mar de China? –repetí incrédulo–. ¿De la misma China de Mao? –interrogué en voz alta perplejo, aunque se trataba de una pregunta más para mí que para él.

–Así es. ¿No es fantástico? –añadió.

–Y los chinos, cultura comunista por excelencia, ¿le han vendido la isla a un rico capitalista occidental? –pregunté. Mi instinto me llevaba la delantera. No pude evitar interrogar-

me en voz alta sobre cuestiones que, se me antojaba, tenían una difícil conclusión.

–Precisamente por eso vas allí, chico. ¡Quiero conocer la historia de primera mano! ¡Quiero toda la información aquí antes de que se adelante algún medio internacional! ¡Esto puede ser la noticia del siglo y nosotros tendremos la exclusiva! –la sucesión de frases entusiastas apenas me concedían un instante para reflexionar–. ¡Vas a hacerte de oro, chaval, y encumbrarás el nombre del Diario Veracidad mientras te proyectas como profesional! –aguardó unos instantes antes de finalizar–. ¡Lo que hubiera dado yo en mis tiempos por que me encargaran algo así! –reflexionó con aire paternal.

Me quedé pensando un instante. Eduardo tenía razón. Si las cosas eran tal como me las había descrito, la historia podía valer su peso en oro e, indudablemente, representaba una oportunidad para lanzarme al estrellato o, al menos, para que mi nombre comenzara a sonar en el mundillo.

Eran ya las diez cuando abandoné el despacho de mi jefe, que había logrado sorprenderme con una conversación un tanto paternalista a la par que refrescante, fundamentando las razones por las que me había asignado el reportaje, con una mezcla de elogio y expectación en que no había de defraudarle. Pensaba que mis dotes deductivas y la exhaustiva capacidad de investigación que había demostrado en el pasado serían las eficientes armas que me permitirían desentrañar el misterio de la isla. Por otro lado, mis exquisitos modales al viejo estilo europeo –que levantaban tantas pasiones como envidias y de los que yo no parecía ser tan consciente como los que me rodeaban– me ayudarían a encandilar al misterioso propietario filantrópico con el fin de lograr el deseado reportaje, un tanto sensacionalista, pero mi primer reportaje de investigación al fin y al cabo. Eso sin contar con la afamada terquedad que me había acabado por caracterizar a lo largo del tiempo que llevaba trabajando con Eduardo. El viejo periodista debía estar

seguro de que, pasase lo que pasase, no volvería con las manos vacías.

No obstante, tanto halago y pasión entremezcladas no consiguieron satisfacerme del todo. Por mi cabeza seguía pululando la madre de todas las preguntas, como un mosquito insidioso que tratara de hacerse notar: ¿por qué había sido yo el seleccionado para tamaña tarea? Eduardo había conseguido seducirme con la idea y, principalmente, con las promesas de éxito, lo que supuso la negación por mi parte de aquellas dudas que me asaltaban. Me contentaba con repetirme una y otra vez que el editor me estaba dando la oportunidad de mi vida debido a mi valía y a la extraña relación de trabajo-amistad que comenzaba a florecer entre nosotros.

Tras esperar de nuevo el lento ascensor de la empresa, crucé raudo el pasillo y salí a la calle. El sol de la mañana me bañó el rostro obligándome a cerrar los párpados para no quedar cegado por la intensidad de su luz.

Habían puesto a mi disposición un coche de la empresa que me llevaría al aeropuerto. Todo un detalle del redactor si teníamos en cuenta que yo no pertenecía a la plantilla y, a causa de esta circunstancia, me estaban vedadas ciertas comodidades de las que otros podían disfrutar.

El chofer, un hombre de mediana estatura, aspecto hosco y rapado casi al cero –lo que no contribuía a dulcificar su imagen–, permaneció mudo durante el trayecto. Se contentaba con lanzar alguna mirada sesgada de cuando en cuando por el retrovisor interior mientras increpaba la supuesta falta de algún otro conductor con el que compartíamos la vía, generalmente precedida de una retahíla de insultos y palabras malsonantes que habrían avergonzado al más avezado lenguaraz.

Casi respiré aliviado cuando tomó el trayecto que desembocaba en la zona destinada a la recogida de pasajeros.

Ante mí se alzaba grandioso el edificio del aeropuerto. Comenzaba la aventura.

Iván Martínez Hulin

UNA ISLA LLAMADA UTOPIÍA



Nota

El libro en su formato de papel se encuentra en su tercera edición y consta de 416 páginas.